

COLISIÓN, COLUSIÓN Y COMPLEMENTARIEDAD EN LAS RELACIONES CONYUGALES.

Bismarck Pinto Tapia¹
Universidad Católica Boliviana

La formación de la relación conyugal.

¿Eres tú o soy yo a quien hacemos feliz?
Rainer Maria Rilke

Elegimos a nuestra pareja a partir de cuatro aspectos fundamentales: aquellos afectos que recibimos por parte de las personas significativas durante nuestros primeros años de vida (papá, mamá, hermanos, abuelos, tíos, amigos, profesores, etc.), los afectos que nos hubiera gustado recibir pero que no nos dieron, lo que dimos y recibieron con agrado, y lo que dimos y no fue recibido.

El psicólogo norteamericano Hendrix (1997), utiliza el término “imago” para referirse a la construcción ideal que hacemos de nuestras expectativas amorosas, a partir de los esquemas afectivos y cognitivos aprendidos en nuestra familia de origen. Concepto coincidente con los fundamentos teóricos de la escuela sistémica trigeracional (Framo (1996), Andolfi (1985, 1987, 1989^a, 1989b 1996), según los cuales, nuestra personalidad es resultado de la transmisión de formas de vida recibidas durante nuestro crecimiento. Entonces, esperamos la satisfacción de nuestras expectativas afectivas, aquellas que nos dieron satisfacción y las que nos faltaron.

La consecuencia de nuestras expectativas desarrolladas en las narraciones míticas familiares, es la constitución de aquello que Elkaïm (1995) llama “mapa del mundo”. Es decir, la manifestación explícita de nuestros deseos hacia la persona escogida como pareja. Sin embargo, detrás de dicha solicitud, se circunscribe el mandato familiar, denominado “programa oficial”, según el cual nuestras demandas no se podrán ver satisfechas. Por ejemplo, un niño al que se le dijo “te querré sólo si

¹ bpintot@ucb.edu.bo

eres perfecto”, expresará su mapa del mundo como “quiero que nuestra relación sea perfecta”, mientras que su programa oficial señala de manera implacable “jamás te querrán por lo que eres sino por aquello que haces”. Y como la perfección es imposible, jamás podrá satisfacer su expectativa.

En la relación amorosa, por lo tanto, ponemos en juego nuestros tres “sí mismos” (*self*): nuestro self perdido, el que reprimimos debido a las exigencias de nuestros cuidadores. Nuestro self falso, que construimos para proteger nuestra esencia. Nuestro self rechazado, constituido por las partes desaprobadas por nuestros seres queridos (Hendrix, op.cit.).

Amar es legitimar (White y Epston, 1993), es decir, reconocer la existencia de otro. Cuando las conductas del niño son valoradas, el pequeño se hace visible. Cuando son ignoradas o rechazadas deja de ser. La patología de la comunicación humana, indica que la descalificación es la peor manera de tratar a otro ser humano (Watzlawick y otros, 1971). Todos hemos tenido la vergonzosa experiencia de saludar con la mano a alguien y no recibir respuesta, algunos han tenido la desventura de ser castigados con la “ley del hielo”. La consecuencia es la tremenda sensación de no estar para el otro. En terapia narrativa (Linares, 2001) utilizamos el término deslegitimación.

En la legitimidad existimos, nos hacemos dignos para el otro, y ese otro al colocarse en nuestro lugar y entender nuestra demanda nos ama. En el amor existimos. Es por eso que el adolescente se emancipa y desvincula (Haley, 1989) para buscar un extraño que confirme su existencia, pues el cariño de los padres y hermanos es “obligatorio”, deben quererlos. Mientras que una persona externa a nuestro núcleo familiar se confronta con nuestro yo y nos lo muestra como un espejo.

El amor se constituye en un diálogo (Maturana, 1995) en el cual los componentes de la relación construyen un espacio común, impenetrable para los demás. “El amor es una autogestión radical sin controles externos mediante los que sacar sus problemas del caos de la batalla y someterlos a juicio neutral...Las personas ponen su encantamiento en las relaciones de la pareja, en el no mercado, y cuándo éstas se tornan en conflictivas, en los hijos que, de esta forma, se convierten

en la última contra-soledad y reencanto.”(Beck, y Beck-Gernsheim, 2001, págs. 13 - . 14)

Nuestro amor es nuestro refugio, un lugar para ser dejando de ser, despojándonos necesariamente de nuestra vestidura corporal y de nuestras máscaras, develamos el alma, deshaciéndonos del yo. Por eso amar siempre duele, porque es un riesgo, es jugarnos todo por el otro, mostrarnos para ser legitimados. El riesgo es que nos dejen de querer, puesto que si amamos dejamos al otro en libertad de elección.

El amor no es poder, es encuentro, no dominio. “El deseo de compañía, de protección, de sentir que pertenecemos a alguien es inherente al ser humano...” (Camaratta, 2000, pág.29). Buscamos la satisfacción plena de la vida, el convertirnos en tres siendo dos (Caillé, 1990). Es en la “notrosidad” donde reconocemos nuestro potencial creativo, el “bajarnos del mundo” para conformar otro.

Aún no queda claro los motivos de elección de pareja, podría estar determinada por factores biológicos de sobrevivencia de nuestros genes (Eibleibesfeldt, 1993), motivos “inconscientes” (Kernberg, 1998), el azar (Pinto, 2005), una elección racional (Wachs, 2001), procesos de condicionamiento (MvKay, Fanning y Paleg, 1994).

En mi experiencia clínica con parejas, la respuesta al ¿por qué él? ¿por qué ella?, queda siempre en el misterio. Lo curioso es que aquella persona que es elegida está casi segura de los motivos por los cuales fue escogido. Cuando escucha a su cónyuge expresar sus razones de elección, la sorpresa es inevitable. Recuerdo una dama que pensaba que su esposo la escogió por los hermosos ojos negros que tiene, sin embargo el marido indicó, que aquello que más le atrajo fueron sus senos; la señora se asombró, puesto que ella percibía que su busto era demasiado pequeño.

Sea cual sea el motivo de la elección, las parejas atraviesan siempre un ciclo durante su relación:

a) La etapa del enamoramiento. Cuando las feromonas y el deseo nos embrujan entorpeciendo nuestros sentidos, gestando en nosotros un estado alterado de la conciencia, una especie de adicción (Rodríguez, 2000), coincidente con los criterios sintomáticos de un estado depresivo combinado con rasgos obsesivos. El

efecto es el “encaprichamiento”, inundado siempre por el fuego intenso de la pasión (Sternberg, 1998). Esta etapa es “psicótica”, normalmente fugaz, usualmente intensa, y con frecuencia absolutamente irracional.

b) La etapa de la simbiosis. Una etapa que convendría evitar (Gikovate, 1996). Durante este estadio nos sentimos como en el vientre materno, dependientes el uno del otro. Nos convertimos en una unidad indisoluble, en la cual es difícil discriminar nuestro ser del otro. Es un eterno “orgasmo simultáneo”. Nuestra vida se reduce a la convivencia con el otro. Es como estar solos en una isla, una “Laguna azul”. Los demás son espantados por nuestra intensa intimidad. Es la etapa de los sacrificios, los aparentes cambios para no ser abandonados. Como veremos más adelante, es la trampa de la “colusión”.

c) La etapa del desencanto. Tarde o temprano, el sol deslumbrante de la pasión es cubierto por las nubes de la realidad, y nos confrontamos con un extraño ¡pegado a nosotros! (Viscott, 1979). Reconocemos al otro sin el lente del deseo, sufrimos la experiencia del desencanto. Quien nos acompaña no es Eros, es un simple mortal, un ser de piel y huesos. Esta etapa es peligrosa para las personas que no tuvieron otras experiencias amorosas, pues, creen que es el momento de la muerte del amor. Cuando en realidad se trata del instante en que el amor es posible recién, pues llega el momento de poner en práctica nuestras habilidades de convivencia: “La mayoría de las parejas esperan del matrimonio dos cosas indispensables en su relación: una satisfacción sexual permanente y la seguridad de una relación íntima inmersa en el amor.” (Ellis y Harper, 2004). Para mantener esa estabilidad es indispensable negociar.

La negociación facilita la discriminación de aquellos factores complementarios de los que no los son, y se busca en conjunto la satisfacción de ambos, pues el amor obliga a que el otro sea feliz, y aquello sólo es posible si le aceptamos como es, y negociamos aquellas cosas que trae consigo que no coinciden con nuestra forma de vivir.

d) La lucha de poder. La consecuencia ineludible de la etapa del desencanto, cuando la pareja decide continuar junta, es la confrontación de valores. Cada quien quiere ser la prioridad en la vida del otro. Surgirán los reclamos, los temores de las desvinculaciones familiares, sociales y laborales. Los juegos para evitar decisiones,

la aparición de los engaños, las trampas y las manipulaciones. Son momentos de “pruebas de amor”, anunciadas con la tradicional frase “si me quieres...”. El “nosotros” se convierte en un campo de batalla. Puede durar años, puede ser efímero, dependiendo de las habilidades de convivencia conyugal, según McKay, Fanning y Paleg: saber escuchar sin juzgar, saber expresar sentimientos y describir con precisión nuestras necesidades, reforzarnos positivamente de manera recíproca, generar una comunicación clara, identificar nuestras distorsiones cognitivas, negociar, saber afrontar y resolver problemas, proteger y encontrar técnicas para cambiar las estrategias negativas de rereasonamiento, controlar nuestra rabia, ayudar a que el otro controle su rabia, aprender a hacer pausas en la relación, identificar los esquemas comportamentales y cognitivos del cónyuge, poner límites a la familia de origen, reconocer nuestros mecanismos de defensa, identificar el sistema de defensa de nuestro cónyuge, definir con precisión las reglas y cumplirlas.

Sager (1980) fue el primero, en comprender que la relación de pareja es mucho más que amor, y dedicó su trabajo a la identificación de los “contratos matrimoniales” explícitos e implícitos. En ellos se establece las normas de convivencia de la pareja. Pues debemos ser conscientes que aquella persona que llevamos a vivir con nosotros proviene de otra cultura, tiene un sexo diferente al nuestro, posee hábitos distintos, casi siempre tendrá algún valor inconsistente con alguno de los nuestros, considera ciertas cosas de la vida más importantes que nosotros, posee creencias distintas, y seguramente tiene expectativas distintas a las nuestras en relación a la idea de “familia”.

e) La desvinculación. Una vez que la pareja reconoce la individualidad del otro, cada cónyuge acepta la posibilidad de mantener y crear espacios personales, sin descuidar el espacio conyugal. Este proceso suele ocurrir, por lo general, durante el nacimiento de los hijos. Los niños promueven la desvinculación conyugal para acomodarse entre sus padres. En las familias funcionales, los padres saben mantener el espacio conyugal protegido de la invasión de los hijos, mientras que las disfuncionales permiten la desaparición del espacio de la pareja, entregándoselo a los pequeños. Si el nacimiento de los hijos coincide con una lucha de poder encarnizada, entonces, se estructuran triangulaciones con alianzas y coaliciones

(Guerin, Fogarty, Fay, Gilbert, 2000). Si la presencia de los hijos coincide con la etapa de la simbiosis, el triángulo será patológico.

Este momento es crucial para el mantenimiento del matrimonio, pues obliga a que los cónyuges asuman la responsabilidad de su propio amor, en vez de preocuparse por el amor del otro. Asumen la posibilidad de dejar de ser amados, reconociendo que el amor exige la felicidad del otro, y si ésta se forja separándose de uno, entonces, se dejará partir al amado. Son momentos confusos, se enredan los sentimientos y se utilizan todos los recursos de protección del yo. Se promueven conductas desleales, como el adulterio, las adicciones, la violencia y otras.

En parejas jóvenes, suele ocurrir, que se confunda esta etapa con la desaparición del amor. Suponen que el amor debe ser estable y eterno, lo cual es posible únicamente si ambos dependen el uno del otro. Al reconocer la posibilidad de la emancipación, se reviven los procesos de desvinculación de la familia de origen, se teme ser abandonado, el fracaso del matrimonio, la desintegración del hogar. De ahí, que es común que se decida la separación, cuando no existen problema en la relación, sino simplemente, que el matrimonio maduró, permitiendo la diferenciación de los esposos.

f) El re encuentro. Es la etapa final de la construcción amorosa. Una vez que ambos cónyuges reconocen su soledad, recién pueden amar sin restricciones. Rilke escribió: “Amar es estar solo”. La pareja permite la soledad. Es posible recién mirarse a los ojos sin antifaces, es posible sentir las pieles sin guantes, es posible respirar el perfume del alma sin máscaras. La pareja se encanta con su construcción, ya no con el otro, sino con aquello que juntos elaboraron durante el transcurso de su relación.

Revive la pasión, se descubren nuevas facetas en la personalidad de la persona amada, se aprende a ingresar al mundo del otro con la seguridad de que será protegido. No se lucha por el poder, caminan juntos hacia metas conjuntas, sin entorpecer las metas individuales.

La psicopatología conyugal.

*Ay, en mis brazos he perdido a todas,
Sólo tú vuelves siempre a renacer:
Porque nunca te tuve, te retengo.
Rainer Maria Rilke*

La psicoterapia de pareja no trabaja con los trastornos del individuo, sino con los trastornos de la relación conyugal. Cada uno de los miembros de la pareja cumple una función en la relación, la cual no necesariamente se presenta en las otras relaciones sociales donde interactúan. La relación de pareja es un “mundo aparte”, un lugar que se convierte en un ser. Este ser construido por los amantes puede enfermar. Esta enfermedad afectará a los amantes, a sus hijos, a sus familias de origen, amigos y a otras redes sociales.

El terapeuta de parejas considera a los cónyuges como sus colaboradores en el trabajo laborioso de curar al matrimonio. Gilbert y Shmukler (2000), indican que la labor del terapeuta debe dirigirse a la potenciación de capacidades de los cónyuges para que puedan afrontar los problemas que impiden una relación funcional.

La psicopatología conyugal se inicia en las etapas tempranas del enamoramiento, en la cual se “inicia la elaboración del conjunto de demandas específicas de cada futuro cónyuge para acomodarlas a los proyectos a realizar en una posible relación conyugal futura” (Montoya, 2000, pág. 24).

La pareja se estanca en las etapas iniciales de su ciclo vital: enamoramiento, simbiosis o lucha de poder. Temen el desencanto, evitan el cambio, estableciendo un vínculo negativo (García, 2001), el cual consiste en sustentar una esperanza vana de obtener un satisfactor que el cónyuge no posee. La pasión reemplaza al amor durante el empantanamiento en las arenas movedizas del enamoramiento. La protección reemplaza al amor durante el enmarañamiento de los tentáculos de la simbiosis. El poder reemplaza al amor, durante la guerra por el dominio.

Para amar es imprescindible reconocer la falsedad del yo y del entorno artificial. Eso es posible únicamente en personas que fueron capaces de trascender (Pinto, 2005b), en individuos que reconocieron su libertad de decisión, y que se atreven a jugarse totalmente por el otro.

Quienes se aferran a su yo (narcisistas), y quienes se aferran al yo del otro (dependientes), son incapaces de amar. Esperan aquello que nunca recibieron, o confunden amar con condiciones de apego infantiles.

Durante mi trabajo con cientos de parejas paceñas, he identificado tres tipos de procesos psicopatológicos: la colisión, la colusión y la complementariedad.

La colisión.

*Me dueles.
Mansamente, insoportablemente, me dueles.
Toma mi cabeza, córtame el cuello.
Nada queda de mí después de este amor.
Jaime Sabines*

Durante la etapa del “desencanto”, uno o ambos de los cónyuges se percatan de la incongruencia de la relación. Identifican la ausencia de intereses comunes, expectativas distintas acerca de lo que esperan de la relación, sistemas de valores irreconciliables, insatisfacción sexual. A todo ello se suma el descubrimiento de estructuras de personalidad con expresión de comportamientos que provocan profundo malestar.

El darse cuenta de la incompatibilidad, ocurre generalmente de manera abrupta, aunque la persona intuya durante distintos momentos de la relación aquellos aspectos inadecuados para sus expectativas. “La mayoría de nosotros nos desanimamos cuando nuestra pareja no está dispuesta a cambiar o a hacer funcionar la relación.” (O’Hanlon y Hudson, 1997, pág.13).

Basta que uno de los miembros de la relación se sienta afectado para que la pareja se derrumbe. Mucho más si ambos se percatan de que el otro no coincide con sus esperanzas de satisfacción. La relación de pareja es una danza (Kershaw, 1994). Es como bailar cueca, el varón y la mujer deben saber coordinar los pasos, identificar el momento musical para discriminar la quimba del zapateo. Si uno de los danzantes en vez de seguir los pasos de la cueca intenta realizar pasos de huayño, el efecto coreográfico será lamentable.

Cuando ocurre ese “despertar” repentino, se experimenta un “choque”. La palabra que he escogido para referirme a esta situación es **colisión**. Palabra que

proviene del latín: *collisionis*, de *collidere*, chocar, rozar. La ilusión del otro se desvanece cuando la persona choca con la forma de ser inadecuada para convivir.

La colisión es impulsiva e irracional, a diferencia de aquellas rupturas amorosas racionales, en las cuales, durante el desencanto, las personas analizan la imposibilidad de continuar juntos debido a la consideración de los siguientes aspectos: honestidad, confianza, lealtad, monogamia, planes compartidos, objetivos compartidos para la relación, acuerdos financieros, intereses intelectuales, comunicación, atracción sexual, cultura, relaciones sociales extensas, intereses similares, inversión en la relación, diversión. Según Wachs (op.cit.), una ruptura racional se debe dar cuando se presenta maltrato físico o sexual, ausencia de respeto, restricciones a la libertad concomitantes a excesivo control, infidelidad, el otro no siente amor. Continuar una relación ante la presencia de cualquiera de los aspectos mencionados, es una estupidez, puesto que son claras señales de incompatibilidad.

El análisis racional de la compatibilidad, sólo es posible en personas maduras, es decir, aquellas que se desvincularon de sus padres, aprendieron a vivir solas, se mantienen económicamente sin depender de otros, y soportan la experiencia del dolor. Una persona inmadura difícilmente analiza con racionalidad su situación conyugal, está encaprichada o atemorizada, confunde el amor con la pasión, o prefiere mantenerse al lado de alguien que le daña a enfrentar su soledad.

En la colisión, el descubrimiento de la incompatibilidad es repentino, escapa al análisis racional, acontece después de una experiencia traumática, la decepción ante la evidencia de un acto de deslealtad, el surgimiento intempestivo de otra persona que provoca sentimientos más intensos, situaciones externas que demuestran la irrelevancia de la relación. La colisión se experimenta como un “terremoto” en el espacio amoroso, tanto para aquél que se da cuenta de la incompatibilidad como para el compañero; o para ambos cuando la experiencia es compartida.

La colisión antes de la convivencia es una situación dolorosa, pero que permite evitar la consolidación del compromiso. Cuando el “despertar” se da en uno solo de los miembros, el que aún se encuentra encantado no entiende la repentina decisión de su pareja. Entra en un estado de desazón, el cual no tarda en convertirse en depresión.

Se trata de una pérdida inesperada, tal como ocurre en la muerte repentina de un ser querido. El duelo es difícil, la angustia y la desesperación pueden ocasionar reacciones impulsivas destructivas o autodestructivas. La manera usual para evitar el dolor es la racionalización, se busca una explicación, se mantiene una esperanza de retorno del amado.

La persona que se aleja, siente alivio, es “como sacarse un peso de encima”. Sin embargo, algunas experimentan culpa, pues sienten que engañaron, cuando en realidad ellas mismas se estuvieron mintiendo al mantener una falsa imagen del otro. La culpa es más probable, cuando el compañero utiliza estrategias manipuladoras para colocarse en el papel de víctima.

La colisión puede ocurrir durante la convivencia, y en ese caso la situación es muy grave, pues la pareja está bajo un pacto de compromiso; esto ocurre cuando las personas deciden convivir sin haberse dado tiempo para conocerse, tal como señala Haley (2000): “La más conocida de las razones equivocadas para casarse es la de precipitarse en el matrimonio como medio de evitar alguna otra cosa. Para salir de una mala situación, se elige una compañía que ha de durar toda la vida. Hay muchas situaciones de las cuales quisiéramos escapar: uno puede casarse para salir de la pobreza, para no ir más a la escuela, para no tener que ganarse la vida trabajando. La razón errónea más común es escapar de la propia familia.” (pág. 115).

Si la pareja colisiona en el matrimonio teniendo hijos, la problemática es mucho peor, puesto que los pequeños verán la explosión producida durante la toma de conciencia de la equivocación, para luego vivir en medio de un vacío conyugal o, aún peor en un campo de batalla.

El divorcio difícil suele ser consecuencia de una pareja en la cual uno de los esposos sigue amando a aquel que ha colisionado, el amor se transforma en odio, y el despedido utilizará todos los recursos posibles para impedir el alejamiento de su pareja, sin percatarse que por cada arremetida destructiva, lo que ocasiona es más alejamiento (Isaacs y otros, 1986).

Cuando la persona despedido tiene un trastorno de personalidad grave (personalidad limítrofe, personalidad paranoide, distimia), es posible esperar consecuencias dramáticas: suicidio, asesinato, secuestro de los hijos, difamación de la pareja, etc. En otros casos, se producirá una aparente calma, hasta que la persona

desencantada comienza una nueva vida, entonces aparece el despechado para destruir la más pequeña posibilidad de felicidad de su antiguo compañero.

Los hijos pueden convertirse en aliados del progenitor rechazado, manifestando explícitamente su furia contra el otro. También pueden desarrollar síntomas para incrementar los sentimientos de culpa de aquél que se aleja, desde disminuir en su rendimiento escolar, hasta recurrir al uso de drogas.

Caso 1.

Carmen es una mujer de cuarenta y ocho años, está casada hace veinte con Ernesto quien tiene cincuenta y dos años. Son padres de dos hijos: Rosaura de veinte años, y Juan de dieciocho. Se conocieron en un partido político durante los años de dictadura, ambos fueron apresados y torturados. Con el tiempo pasaron de camaradas a amigos. Una vez que falleció la madre de Carmen, quedó sola y deprimida en su casa. Ernesto estaba intensamente enamorado de ella, por lo que le propuso matrimonio. Carmen lo veía como un amigo, pero consideró que era una solución a su estado depresivo, y decidió aceptarlo como marido. El único espacio común era la política. Él era introvertido, ella extrovertida. Ernesto prefería actividades intelectuales, la soledad y evitar situaciones sociales. Carmen en cambio, era una mujer aventurera, no le gustaba leer, le encantaba divertirse con sus amigos. A la incompatibilidad de intereses, se sumaba la diferencia de temperamento sexual. El esposo tenía muy poco interés en las relaciones sexuales, quizás debido a las torturas a las que se vio sometido; mientras que la esposa era muy cálida afectivamente y con demandas sexuales novedosas. Al poco tiempo de casados se vieron esperando a Rosaura, su nacimiento ocasionó la aparición de una relación parental impecable, la cual derivó en un descuido absoluto de la relación conyugal. Después del nacimiento del hijo varón, las cosas se tornaron más claras: Carmen y Ernesto estaban juntos como padres, mientras dejaban de ser pareja. La crisis sobrevino cuando Rosaura se va a una universidad del exterior, y Juan sale bachiller. Carmen, durante un viaje de trabajo a la ciudad de Cochabamba, conoce a Javier, un señor de cuarenta y dos años, que había enviudado hace un año. Al poco tiempo de relacionarse, ambos quedan enamorados. Carmen dirá en la terapia*

* Los nombres utilizados y algunos datos han sido cambiados, para proteger la identidad de los pacientes.

que recién conoció el sentimiento de amor. Esta situación le hizo colisionar con Ernesto. Reconoció que no sentía nada por él, y que había perdido su tiempo como mujer desde que se casó. Antes de formalizar la relación con Javier, decide comunicar a sus hijos su determinación, y éstos se ofenden profundamente. La hija escribe al un mensaje electrónico al padre contándole la relación extramarital de la madre. Ernesto al enterarse del suceso se desespera. Consigue un revólver y cuando la esposa retorna del trabajo le apunta con el arma mientras llora desconsolado. Por suerte, en el momento en que aprieta el gatillo, se tranca, impidiendo la expulsión de la bala. Carmen, más corpulenta que el esposo, le desarma y huye de la casa. Después de ese incidente se inicia la terapia de pareja. Duró un año. Carmen inició el divorcio y Ernesto utilizó todo su poder político para “dejar en la calle” a su esposa. Fue devastador, ambos hijos rechazaron a su madre a quien no dejaron de tildar de “traidora”. Finalmente Carmen formalizo su relación con Javier. Cuando el esposo se enteró del suceso, amenazó de muerte al contrincante. El desenlace del caso fue que Carmen y Javier tuvieron que irse del país.

La colusión

*Algo he de andar buscando en ti,
Algo mío que tú eres
Y que no has de darme nunca.
Quisiera hablar de ti a todas horas
En un congreso de sordos
Enseñar tu retrato a todos los ciegos que encuentre.
Jaime Sabines*

El concepto de **colusión** es utilizado por Jurg Willi (1993) para referirse a aquellas relaciones donde se presentan juegos patológicos, los cuales tienen como consecuencia la imposibilidad de mantenerse juntos y separados; es decir, cuando se acercan demasiado temen perderse en la relación por lo cual se distancian, pero al distanciarse se sienten abandonados, por lo que vuelven a buscarse.

La palabra colusión proviene de la voz latina *colusione*, significa un ajuste secreto y fraudulento entre dos personas en desmedro de un tercero. Es la colusión la causa de la triangulación de los hijos (Pinto, 2005^a).

Según este concepto, las parejas colusionan cuando ambos esperan del otro la satisfacción de sus necesidades infantiles no satisfechas. Como no recibieron lo que esperan, no pueden reconocer aquello que reciben, por lo cual se mantienen en permanente estado de insatisfacción. Lo llamativo de este tipo de vínculo es la falta de toma de conciencia de la situación. Cada quien espera que el otro cambie, y toda la responsabilidad por el matrimonio defectuoso es responsabilidad del compañero; ambos se acusan, pero ninguno cambia. “Cuando los compañeros interactúan, el vocabulario que usan y las conductas que manifiestan crea una especie de danza hipnótica en virtud de la cual el comportamiento de cada uno empieza a reducir el foco de atención del otro. Este proceso suele despertar recuerdos dolorosos y provoca sentimientos de intensa vulnerabilidad relacionados con el pasado, quizá con los padres y otras personas encargadas de la crianza. Cuando los compañeros intentan discutir lo que los perturba, más se asustan y más vulnerables se vuelven; se sienten y actúan como personas más jóvenes de lo que conviene a su edad, y acaso terminen intensificando el conflicto de una manera que oscurezca el recuerdo perturbador.” (Kershaw, op.cit. pág. 19)

La colusión detiene a la pareja en la etapa de la simbiosis, están atrapados en la cárcel de su pseudo amor: “Se vive solo, se encuentra prisionero y carcelero de sí mismo. Se encuentra alguien que, por sus razones, está dispuesto a desarrollar un tipo de comportamiento que corresponde a su propio mapa del mundo, entonces uno se vuelve prisionero y el otro carcelero. El conflicto de pareja da la oportunidad de alejar de sí una contradicción interna, experimentando un nivel de doble vínculo como si fuese impuesto de afuera.” (Elkaim, 1995)

El origen de la colusión, se remonta a la historia vivida en la familia de origen. En ella, la persona estuvo “triangulada” en la relación con sus padres, es decir, no pudo desvincularse del conflicto relacional de ellos, debido a que estableció algún tipo de pacto de protección con alguno de ellos. No fue legitimado por lo que era, sino por la función que debía cumplir dentro o fuera de la familia. Si recibió cariño, éste fue a condición de aliarse con uno de sus padres en contra del otro. En otros casos, cuando el triángulo fue rígido, asumió el rol del hijo o hija parental (Minuchin, 1986), en el sentido que tuvo que hacerse cargo de sus padres, como si éstos fueran sus hijos. Otra estructura triangular común es la perversa

(Haley, 1967), en la que se es seducido por uno de los progenitores colocándose como pareja de éste y despreciando al otro. Finalmente el triángulo más destructivo es el patológico (Bowen,1978), en el cual se desarrollan juegos patológicos, caracterizados por la pseudomutualidad, es decir, la aparente reciprocidad afectiva entre el progenitor y el hijo aliado, cuando en realidad el padre o la madre utilizan su poder a través del engaño amoroso para agredir a su cónyuge a través del falso apego que se demuestra hacia el hijo, el cual una vez utilizado será abandonado.

Para colusionarse es necesario que ambos miembros de la pareja provengan de familias en las cuales estuvieron triangulados, esperan en su matrimonio estructurar un sistema distinto al que vivieron, idealizando el amor o confundiénolo con otros sentimientos. Se mantienen como estancados en la etapa de su niñez donde se percataron de ser partícipes de una pelea que no les pertenecía. Cada uno de los miembros de la pareja, cargan consigo dolores ajenos, los cuales se manifiestan en forma de angustia (Pinto, 2004), la cual afanosamente busca un justificativo.

Cuando un dolor pertenece a otro, se trata de un sentimiento inexplicable, sin haber experimentado una pérdida real, se sufre como si hubiese ocurrido. Es un sufrimiento implacable, interminable e intenso. La persona colusionada vive con la esperanza de entender su dolor y realizar las promesas de sus padres que jamás se cumplieron en el amor de su cónyuge. Lo patético es que el cónyuge espera lo mismo de él, por lo que cada cual está preocupado en ser amado en lugar de amar.

Han establecido erróneamente que el amor que se condiciona al amor que se recibe, se afanan constantemente en asegurarse que son amados. Pero se trata de una demanda infantil, que sólo pudo ser satisfecha durante su niñez. Llama la atención que cuando están a punto de recibir lo que piden, boicotean la posibilidad de satisfacerse. ¿Por qué?

La respuesta la encontré, cuando entendí que un niño que no ha sido legitimado, no desarrolla la capacidad de hundirse en su vacío al reconocer la artificialidad de su yo. Y como he mencionado al inicio de este artículo, para amar es indispensable desprenderse del yo. Cuando no se ha recibido un apego seguro (Bowlby, 1985) no es posible construir un yo independiente a las exigencias de los padres, es decir, se vive en función a la expectativa de ser valorado, lo que conlleva a la formación rígida de un sí mismo falso, el cual será el germen de un trastorno de

personalidad: “un patrón desadaptado y duradero de experiencia interna y conducta, que data de la adolescencia o de la adultez joven, y que se manifiesta en al menos dos de las siguientes áreas 1) cognición, 2) afectividad, 3) funcionamiento interpersonal y 4) control de los impulsos. Este patrón inflexible se hace evidente en diversas situaciones personales y sociales, y provoca malestar y deterioro” (Halgin y Krauss, 2004).

Quien tiene un trastorno de personalidad es incapaz de reconocer el mundo desde la perspectiva de los demás, no puede empatizar, se trata de un ser solipsista, la realidad funciona como él considera con absoluta certeza que funciona. Está enfrascado en su yo. Según Gikovate (2001) se presentan en dos polos, el polo de los “egoístas” y el de los “generosos”.

Los egoístas han aprendido a protegerse del asedio de sus padres, construyendo un yo magnífico, aprendieron a “hacerse solos”, independientes, capaces de sobrevivir sin necesitar de los demás. Todo gira alrededor de sus deseos, la prioridad es el mantenimiento de aquellas cosas artificiales que componen su estructura yoica: la profesión, el éxito, sus habilidades de conquista, su belleza física, etc. Confunden el amor con el poder, por lo que buscan parejas a las cuales dominar, controlar, poseer. Y esperan ser admirados y respetados. Dentro de este grupo están los narcisistas aislados, como el esquizoide, y los narcisistas perversos, como el antisocial.

Los generosos han aprendido a ser protegidos y a proteger, viven en función de lo que los demás esperan de ellos, “son para los demás”. Viven ayudando y salvando a los demás, con la esperanza de que hagan lo mismo por ellos. Todo gira alrededor de las demandas del otro, el sentido de su vida es satisfacer a cualquier costo las necesidades ajenas. Priorizan la entrega, la bondad y la caridad. Confunden el amor con la protección y la pena, por eso buscan alguien a quien cuidar toda la vida. Esperan recibir gratitud, y protección. Dentro de este grupo están las personalidades dependientes, evitativas y depresivas.

Quizá la más perfecta colusión es la que se establece entre la personalidad histérica y la obsesiva compulsiva: “Ambos llegan al matrimonio navegando en las nubes, pero la crisis se inicia después de la ceremonia nupcial o muy poco tiempo después. Pues ambos se atacarán para evitar el sometimiento ni bien surja la más

mínima debilidad en el compañero. Las pequeñas cosas de todos los días son motivo de acaloradas riñas, las cuales no se resuelven nunca porque ninguno es capaz de trabajar en el cambio de principios y la solución producirá el reencuentro afectivo, lo cual es peligroso pues se corre el riesgo de perder nuevamente la identidad. La esposa histriónica reclama que el esposo no es detallista ni romántico, pero cuando el marido responde según las expectativas de ella, la esposa descalifica el cambio por no ser espontáneo. De ahí la experiencia paradójica que empuja al esposo a la desesperación. El esposo en cambio demanda responsabilidad y orden en la vida de la esposa, ella plantea que sólo cambiará cuando él cambie Ninguno se escucha, ambos están predispuestos al contraataque y no existe ninguna comunicación auténtica. La pasión se apaga rápidamente y desaparece la intimidad, quedando un amor vacío repleto de odio y juegos de guerra. El obsesivo no abandona la contienda debido a los fuertes sentimientos de culpa que existen dentro de él, mientras la persona histriónica tampoco abandona el campo de batalla pues la rabia de alguna manera evita el encuentro con el vacío. La guerra se detiene solamente si uno de los dos manifiesta reales planteamientos de separación, alguno enferma de gravedad, ocasionando la amenaza de muerte y por lo tanto de abandono. Cada uno quiere ver al otro en absoluta sumisión sin depender demasiado.” (Pinto, 2005, pág. 102)

Sternberg ha identificado distintas historias de amor que se van desarrollando en las relaciones conyugales, aclara la idea de la influencia de los mitos familiares desarrollada por los terapeutas familiares transgeneracionales, escribe: “Cada individuo además de contar con una historia personal sobre la relación amorosa, tiene también una concepción de la historia que comparte con su pareja. Esta historia puede coincidir o no con la historia individual y, por supuesto, los miembros integrantes de la pareja pueden tener concepciones diferentes sobre la misma.” (Sternberg, 1999, pág.29)

Sucede que en las parejas colusionadas, cada quien está seguro que su relación responde a determinada historia, cuando cada quien tiene una historia diferente. En los terapeutas novatos, estas narraciones resultan exasperantes, puesto que al tratar de encontrar una lógica coherente al sistema conyugal, se alían con aquella historia más coincidente con la propia historia del terapeuta. La

consecuencia es una terapia interminable, y un desgaste físico y emocional del psicólogo.

La pareja en colusión no es conciente de la ausencia de conyugalidad, tiene que ocurrir un hecho de violencia o de infidelidad, para que busquen ayuda, o lo que es más común, el hijo triangulado, expresa síntomas graves por lo que es llevado para atención psicológica. El síntoma del hijo, sin embargo, es la protección que encuentra para evitar la angustia que le produce el dolor de sus padres.

La terapia de pareja en parejas colusionadas, tiene necesariamente que dirigirse a las heridas producidas en la infancia, lo cual resulta muy doloroso para los pacientes, quienes al reconocer en el comportamiento de su cónyuge la manifestación de sufrimientos antiguos, entienden lo que ocurre en el vínculo amoroso establecido entre ellos. Emerge el niño y la niña abandonados, rabioso, descorazonados, y encuentran en su pareja aquél que puede hacerlos crecer. Una vez definidas las carencias infantiles, los miembros de la pareja, recién pueden establecer una relación amorosa, al pasar de la etapa simbiótica a la etapa de la desvinculación.

Durante ese proceso, es probable la presencia de estados depresivos, debido a la evidencia de no haber vivido su propia vida, sino, haber sido víctimas de expectativas ajenas. Reconocer el daño que causaron a su cónyuge y el daño recibido, produce sentimientos de culpa y vergüenza. Deben identificar los resentimientos aun presentes, reflexionar sobre la posibilidad de perdonar. Y finalmente decidir si vale o no la pena jugarse por el otro, estableciendo un nuevo contrato matrimonial.

Caso 2

Martín es un joven empresario de veintiocho años, casado hace tres años con Susana de veintisiete años quien trabaja como periodista. El esposo proviene de una familia en la cual tuvo que asumir el rol de padre cuando tenía quince años debido a la muerte intempestiva de su papá en un accidente de trabajo. Desde que muere el padre, Martín cuida a su hermana menor y tiene que proteger a su madre quien entra en un cuadro depresivo crónico. Se esmera en los estudios, logrando éxitos precoces, los cuales entusiasman a la madre, quien se siente orgullosa de su hijo. Susana fue la hermana menor de una familia con cinco hijos, tiene diez años

menos que el hermano que le antecede. Sus padres se divorcian cuando ella tiene dos años. El padre se va de la casa con otra mujer, desapareciendo de la vida de Susana. La pequeña fue víctima de burlas de sus hermanos, debido a que era la más morena, fue maltratada por el hermano mayor que asumió el papel de un padre rígido. Su madre se dedicó a trabajar para mantener la familia, por lo que Susana quedaba al cuidado de sus hermanos mayores. Martín y Susana enamoran durante dos años. Martín espera que Susana valore sus logros, y Susana espera que Martín la proteja. Después de dos años de casados, Susana se embaraza y sufre un aborto espontáneo que la sume en una depresión. Martín se exaspera al contemplar que su esposa se derrumba como su madre, y la presiona para que salga de su estado melancólico, utilizando insultos como hacían sus cuñados. La relación se entorpece, mientras más la presiona Martín, más se deprime Susana, y viceversa. Finalmente deciden buscar ayuda terapéutica.

La complementariedad

*Le pedí en una súplica suprema
Que me diera su ser...y al estrechar
Su cuerpo contra el mío me decía:
¡No puedo darte más!
Manuel Magallanes Moure*

La comunicación humana establece dos formas de relación: la simétrica y la complementaria. La primera se refiere a dos interlocutores situados a un mismo nivel de poder; mientras que en la complementaria uno de los interlocutores tiene dominio sobre el otro (Watzlawick y otros, op.cit.). La palabra “complemento” proviene del latín *complementum*, significa la cosa, cualidad o circunstancia que se añade a otra para hacerla íntegra o perfecta.

He escogido el término **complementariedad** para referirme a la psicopatología conyugal, en la cual se establece un vínculo materno – filial o paterno – filial, que mantiene satisfechos a los cónyuges. Como consecuencia de tal forma de relacionarse, la vida sexual de la pareja es deplorable, la desvinculación es imposible, los juegos patológicos para mantenerse juntos son muy frecuentes, y cuando asumen el rol parental los hijos se convierten en estorbo para la persona que ocupa el lugar de hijo.

Podemos establecer dos tipos básicos de complementariedad: la complementariedad protectora y la complementariedad castigadora. En el caso de la protectora, uno de los cónyuges se comporta como un progenitor sobreprotector, resuelve los problemas de su consorte, lo mimaba como si se tratara de un niño indefenso, evita producirle el más mínimo estado de perturbación. En la complementariedad castigadora, uno de los cónyuges se comporta como un progenitor estricto y severo, es autoritario, ordena la vida de su pareja, le castiga físicamente o verbalmente cuando no le obedece, corrige sus modales, establece reglas rígidas para controlarle.

Las personalidades con tendencia a colocarse en el rol de cónyuge protector son los obsesivos y dependientes. Las que buscan una “madre” para que les cuide son las personalidades evitativas, distímicas, histéricas y dependientes (Martin, 1983). En el caso de los que buscan protección, suelen ser varones que “no manejaban bien sus asuntos personales, competían mal con otros hombres y recurrían a las mujeres en procura de sostén y consuelo; bordeaban la impulsividad...” (Martin, op.cit., pág. 26).

La organización de la relación conyugal se caracteriza por un inicio, en el cual la persona desvalida busca ayuda en la protectora; por lo general el dependiente es más joven que la persona protectora. Quien cumple el rol maternal, mantiene económicamente a su pareja, lo ayuda en su formación profesional, sacrifica muchas actividades vitales para encargarse de cuidarlo. La codependencia (Beattie, 1994), es una manera extrema de este tipo de relación. El sentido de vida de la persona protectora se centra en erradicar el “vicio” de su pareja; ambos se enredan en un círculo vicioso, a mayor lucha en contra de la adicción por parte del miembro protector, más se apega a su adicción el sujeto dependiente.

En el caso de la complementariedad castigadora, se establece un vínculo sado – masoquista: “el masoquismo puede describirse como un amplio campo de fenómenos normales y patológicos centrados en la autodestructividad motivada y en un placer consciente o inconsciente en el sufrimiento...” (Kernberg, 1998, pág. 217). Navarro (2000) utiliza el término “violencia castigo” cuando identifica un vínculo donde existe un castigador y un castigado, se trata de una manera para perpetuar una

relación de desigualdad y dominio, establecer quien manda y quien obedece: el fuerte y el débil, el sabio y el ignorante.

Las consecuencias de este tipo de complementariedad son graves, puesto que destruye la identidad, la persona castigada se debe amoldar a las expectativas del dominador, renuncia a cualquier atisbo de autenticidad, y se comporta evitando aquellas cosas que irán a producir enojo en su cónyuge. Por su parte el castigador encuentra en su relación la posibilidad de disfrutar del poder, y mantenerse siempre encima de su pareja, siendo el lugar donde se siente respetado y temido.

Las personalidades con tendencia a buscar parejas castigadoras son las evitativas, las dependientes, las histéricas y las pasiva – agresivas. Aquellas que tienden a colocarse en el rol de castigadores suelen ser antisociales, obsesivos, paranoides, histéricos (en el caso de los varones) y algunos distímicos.

La historia conyugal comienza con el encuentro de una persona con sentimientos de inferioridad que ve en el otro alguien superior, que le podrá ayudar a crecer y a enfrentar la vida. Suele darse inicialmente como una historia “profesor – estudiante” y con el tiempo se convierte en una historia de terror (Sternberg, 1999). La persona que se coloca encima, disfruta de ser obedecido, le excita atemorizar, está convencido que su pareja es incapaz de tomar decisiones y que el castigo es una buena manera para corregirla; de ahí que sea frecuente su frase: “lo hago por tu bien”. Mientras que la persona que se coloca debajo sólo toma decisiones bajo presión, prefiere que sea el otro que decida por ella, asume ser incapaz de resolver problemas por sí sola y considera a su pareja mucho más inteligente y fuerte que ella.

Los celos patológicos tienen muchas posibilidades de producirse dentro de una relación complementaria castigadora, principalmente en aquellos casos en los cuales el dominador tiene rasgos paranoides u obsesivos. “El celoso vive las exigencias de un amor posesivo. Surge a través de ciertos tipos de vinculaciones intensas hacia la persona amada y genera una tendencia de expresar una posesión exclusivista, por miedo o riesgo de pérdida.” (Cavalcante, 1997, pág.23). Cualquier amenaza real o imaginaria que ponga en riesgo la pérdida del poder, ocasiona un estado de angustia, para evitarlo el celoso impone rigurosas reglas, actúa con

violencia en contra de su pareja, la aparta de cualquier persona o situación que pueda convertirse en prioridad y le reemplaza.

Las consecuencias son funestas para los hijos en ambos casos de complementariedad conyugal. En el caso de la protectora, los pequeños pueden ser abandonados porque se prioriza la relación “conyugal”, situación que irá a derivar en la estructuración de una depresión mayor (Linares y Campo, 2001); otra alternativa es el desarrollo de celos por parte del progenitor “hijo”, ocasionando desprendimiento afectivo hacia los niños o castigos severos. Otra manera que tiene de actuar la persona que es desplazada por los hijos es buscar una “madre sustituta”, estableciendo una relación extramatrimonial.

En el caso de la complementariedad castigadora, los hijos pueden aliarse con la madre para protegerla de las agresiones del padre, o desplazar al progenitor dominado para enfrentar de manera simétrica al dominador.

La complementariedad puede sufrir una colisión, la cual conlleva a la ruptura o a la consolidación de la pareja. Usualmente en cualquiera de sus formas, quien colisiona es el miembro de la pareja que se encuentra en la posición inferior. En la protectora, si el “trabajo” de madre ha sido bien realizado por la persona dominadora, el dominado crece como persona, se realiza, y generalmente al lograr la simetría con su consorte, decide abandonarla, pues la colisión le demuestra desagradablemente que ¡estuvo casado con su madre! En la castigadora, la persona maltratada, reconoce su situación de maltrato, colisiona con la imposibilidad de cambiar a su cónyuge, finalmente decide acabar con la esperanza y asume medidas legales para terminar con la relación.

Como se ve, las posibilidades de ruptura son mayores que las de reconciliación, quizá ésta se logre solamente a través de procesos terapéuticos. Como la confianza ha sido reemplazada por la dependencia en un caso, y el miedo en el otro, las posibilidades de activar el amor son muy difíciles, sobre todo si la colisión se produce fuera del contexto terapéutico.

Caso 3

Manuel es un médico de treinta y dos años, tiene problemas con el alcohol desde ocho años atrás, tiempo en que fallece la madre con quien vivía, fue hijo único, no tuvo padre, de tal manera que su vida se centraba en el cuidado de su enferma madre. Al poco tiempo de fallecer su madre, después de un intento infructuoso de suicidio, conoce a Katia, una psicóloga de cuarenta años, con la que establece una relación de pareja. Terminan casándose después de cuatro meses de enamoramiento. Katia proviene de una familia numerosa con seis hermanos varones, ella es la tercera; vivió con mucho sufrimiento debido a que su padre tenía problemas serios con el alcohol, lo que generaba un ambiente hostil, principalmente por el maltrato que el señor realizaba en contra de su esposa. Desde que se conocieron, Katia supo que Manuel era alcohólico, y trató de ayudarlo de muchas maneras. Durante el matrimonio, lo iba a buscar a las cantinas, arrojaba las botellas que encontraba escondidas en la casa, lo reflexionaba, inclusive recurrió a una colega para que le ayude terapéuticamente. Durante los momentos de sobriedad, Manuel ingresaba en estados depresivos los cuales eran contenidos por su esposa, quien le consolaba, y era frecuente que lo arrullara como si se tratase de un bebé antes de dormir. No tuvieron hijos, pues ella tenía un problema de esterilidad. Durante el último año de su matrimonio, Manuel ingresó a Alcohólicos Anónimos, al cabo de tres meses, paró de beber. Cuando se había mantenido sobrio por más de ocho meses, le planteó a Katia el divorcio. Ella le buscó para que le ayude a salir de la depresión crónica en la que estaba sumida.

Caso 4

Laura era una hermosa muchacha de dieciocho años, proveniente de una familia con prestigio social y económico de la ciudad de La Paz. Sus padres eran de Sucre, y se vanagloriaban de sus orígenes “nobles”. Laura tenía una hermana mayor la cual era la favorita de su padre, debido a que tenía un mejor rendimiento académico que ella; esta situación generaba una frecuente competencia entre hermanas. Saliendo bachiller, Laura conoce a Fermín, un joven de veintidós años, hijo de una señora de procedencia aymara y un padre camionero, a pesar de poseer un buen nivel económico, se trataba de una familia de un nivel social diferente al de Laura. Al poco tiempo de salir juntos, la muchacha se embaraza. Anuncia en su

casa el intenso amor que sentía por Fermín y sus deseos de contraer matrimonio con el muchacho. La familia de Laura reacciona negativamente y el padre obliga a que su hija tenga un aborto, después del cual envían a la muchacha a Buenos Aires, entregando mucho dinero a la familia de Fermín para apartarlo de su hija. Al cabo de un año, los padres de Laura reciben la fotografía de su nieto, pues Laura y Fermín se habían casado en la Argentina. Vivieron dos años en aquel país, hasta que sobrevino la crisis económica, y decidieron retornar a Bolivia. La presencia del nieto, apaciguó la ira de la familia de Laura, aunque jamás aceptaron al yerno. La pareja tuvo que vivir en la casa de la familia de Fermín, en la que las costumbres eran muy diferentes a las que tenía la joven. Las fiestas eran frecuentes, el machismo dirigía la forma de relacionarse dentro del contexto familiar. Fermín empezó a criticar los modales de su esposa, y a exigirle que deje de visitar a sus padres. Además, le señala, que su madre es más experta que ella en la educación del hijo. Fermín terminó de estudiar Auditoria y al poco tiempo empieza a trabajar en una institución bancaria, mientras que Laura se queda en casa ayudando a su suegra en los quehaceres de la casa. Una noche, Fermín llega a casa y no encuentra a su esposa, ésta había ido de visita a casa de sus padres. Cuando retornó, su esposo le propinó una paliza, reclamándole la falta de consideración con su hijo. A partir de ese momento, el maltrato se hizo casi cotidiano. Después de un tiempo, Laura se embaraza nuevamente, nace una niña, lo cual fue una decepción para el esposo, el cual comenzó a mencionar que esa criatura no era hija suya, achacándole a Laura alguna relación extramatrimonial. Fermín empieza a salir con una compañera de trabajo, encara a la esposa diciéndole que tiene derecho, puesto que ella hizo lo mismo. Fue durante esa época que el niño que tenía seis años manifiesta síntomas encopréticos. Después de una compleja terapia familiar, Laura reconoce su situación de maltrato y toma la decisión de divorciarse.

Conclusiones

*El que tú seas basta. Y al hecho que yo exista
Déjalo, entre nosotros, que se quede en suspenso.
La realidad es verdad en su propia esfera;
Al fin lo enteramente imaginario incluye
Todos los grados de transformación.
Y aunque fuera el muerto más perdido,
Al tú reconocerme yo existí....
¡Ay, cuánto valoramos lo que es desconocido:
demasiado deprisa se forma un rostro amado
hecho de parecido y contrastes.
Rainer Maria Rilke*

La terapia de pareja es la forma de intervención psicológica más difícil, debido a que el paciente es un ser invisible sentado en una silla vacía entre dos personas que no saben amarse. El terapeuta debe aprender a ver, escuchar y sentir aquella voz silenciosa proveniente del vacío conyugal, mientras convence a los cónyuges en convertirse en cómplices del terapeuta para construir, re construir, de construir o destruir a la “mariposa negra que vuela entre las sombras oscuras de la silla vacía”.

La psicoterapia en general y la terapia de pareja en particular, es arte y ciencia. Arte porque es necesaria la creatividad, improvisación, música y poesía por parte del terapeuta, y ciencia porque se tiene que tener conocimientos actualizados acerca de los resultados de las investigaciones sobre la problemática sobre la cual se está interviniendo.

El requisito indispensable para ser un buen terapeuta de pareja, es haber aprendido a amar, y tener una relación conyugal propia en la cual pueda vivir intensamente su felicidad, por supuesto que sólo es posible si el terapeuta se asume como persona antes que como profesional, y para ello debe estar despojado de su yo falso. Para perderse en la esencia del alma, es preciso que se haya reflexionado sobre los mitos familiares y sociales. La terapia de pareja le obligará a trascender los convencionalismos dejándose guiar por la fuerza del amor, descrita de forma tan precisa por San Pablo en la Carta a los Corintios (13, 4-7): “El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante. No actúa con bajeza, ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que

olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo; todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta.”

En la relación conyugal se concentran todas las cualidades del ser humano: la pasión carnal, la inteligencia mental, la fe espiritual, y la incertidumbre. El trabajo con parejas, enriquece profundamente el ser del terapeuta, siente la presencia del amor como una realidad tangible coincidiendo con la frase de Miguel de Santiago: “¿quién ha dicho que Dios no está en los besos?” En el contexto terapéutico de pareja, el entorno inicialmente nebuloso y hediondo por el poder, el miedo, el dolor y la angustia, se despeja con un sol multicolor que emerge como Afrodita del mar silencioso de los corazones rotos de los amantes, la noche es reemplazada por un día primaveral con perfume a rosas, ¡se siente la presencia de Dios!

Mi trabajo me da esa recompensa, sentirme parte de un mundo rebelde, caótico, trascendente a las inmanencias absurdas de la artificialidad mundana, para comprender la fuerza del amor, que todo lo puede, y que es simple de lograr. He aprendido gracias al amor con mi esposa, y a las experiencias terapéuticas con miles de parejas que han llorado en mis hombros, que amar es simple y llanamente dejar que la vida sea, el encuentro se da sólo si se acepta nuestra existencia insignificante comparada con la inmensidad abrumadora del universo misterioso.

No debemos perder el tiempo esperando lo que no nos fue dado, no hay remedio, no escogimos a nuestros padres, ellos hicieron lo que mejor pudieron por nosotros. ¡Escogimos a nuestra pareja! Por lo tanto, ella es nuestra prioridad, nuestro sentido de existir, el ser que nos hace visibles, con el que podemos sentirnos humanos auténticos, crear, sentir, vivir... Como señala Branden: “el amor romántico es una relación apasionada, espiritual – emocional – sexual, entre un hombre y una mujer, que refleja una alta consideración por el valor que tiene la persona del otro”.

Lo que me ha costado comprender, es que, los distintos tipos de psicopatologías conyugales, tuvieron su origen en intentos de amar. Los padres de cada uno de los cónyuges en algún instante de su relación creyeron en la posibilidad del amor, aunque confundieron sentimientos, el fruto de ese encuentro es el hijo o la hija que esperanzados, se lanzan a una aventura amorosa para reproducir o evitar copiar lo que vieron como matrimonio entre sus padres.

Cuando las personas colusionadas, colisionadas y/o complementarias, comprenden que no saben amar porque no fueron amados, se sienten tentadas a exponer el odio hacia sus padres, situación que bien sabemos fue aprovechada por el psicoanálisis para justificar una teoría fruto de los resentimientos no resueltos del propio Freud. Pero con los recursos filosóficos de la terapia sistémica y la terapia narrativa, las personas entienden que sus padres fueron víctimas del fracaso amoroso de sus propios padres, y entonces perdonan. Y cuando lo hacen reconocen (¡en todos los casos!), que sus padres les dejaron algún valor humano, aunque sea el más nimio, pero siempre es la semilla que hace brotar la rosa en el asfalto, y lloran porque al fin pueden agradecerle algo a aquella madre o al padre “malvado”.

Siguiendo el pensamiento católico de Tolkien, enraizado en la teología de San Agustín: no existen personas malas, Dios no crea el mal, todo lo que crea es bueno; el poder es el que corrompe al bien y lo transforma en maldad. El mal es la cáscara podrida que esconde el fruto dulce del amor. Descascarar ese fruto es la labor del terapeuta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andolfi, M., Angelo, C., Saccu, C. (organizadores) 1995 O casal em crise. Sao Paulo: Summus.
- Andolfi, M., Angelo, C. 1989a Tiempo y mito en la psicoterapia familiar. Buenos Aires: Paidós.
- Andolfi, M. 1987 Terapia familiar. Buenos Aires : Paidós.
- Andolfi, M. Comps. 1985 Dimensiones de la terapia familiar. Buenos Aires: Paidós
- Andolfi, M. 1989b Detrás de la máscara familiar. Buenos Aires: Amorrortu
- Beattie, M. 1994 Codependencia. México: Atlántida.
- Beck, U., Beck- Gernsheim, E. 2001 El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa. Barcelona: Paidós.
- Bowlby, J. 1985 La separación afectiva. Bs. Aires: Paidós.
- Branden, N. 2000 La psicología del amor romántico. Barcelona: Paidós.
- Caillé, Ph. 1990 Uno más uno tres. Buenos Aires: Paidós.

- Camaratta, I. 2000 A escolha do cônjuge. Um entendimento sistémico e psicodinâmico. Porto Alegre: Artmed.
- Cavalcante, M. 1997 O ciúme patológico. Rio de Janeiro: Rosa dos tempos.
- Corsi, J. (Compilador) 1995 Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Buenos Aires: Paidós.
- Eibleibesfeldt, I. 1993 El hombre programado. Madrid: Alianza
- Elkaim, M. 1995 Si me amas no me ames. Buenos Aires: Paidós
- Ellis, A., Harper, R. 2004 A guide to successful marriage. California: Melvin Powers
- Framo, J. 1996 Familia de origen y psicoterapia. Buenos Aires: Paidós.
- García Vega, L. 2001 El vínculo emocional. Valencia: Promolibro.
- Gikovate, F. 1996 Uma nova visao do amor. Sao Paulo: MG Editores.
- Gikovate, F. 2002 A arte de educar. Sao Paulo: MG Editores.
- Gilbert, M, Shmukler, D. 2000 Terapia breve de parejas. México D.F.: Manual Moderno.
- Gottman, J., Silver, N. 1999 The seven principles for making marriage work. New York: Three river press.
- Guerin, Ph., Fogarty, Th., Fay, L. Gilbert, J. 2000 Triángulos relacionales. Bs. Aires: Amorrortu.
- Haley, J. 1989 Trastornos de la emancipación juvenil y terapia familiar. Buenos Aires: Amorrortu.
- Haley, J. 2000 Las tácticas de poder de Jesucristo y otros ensayos. Barcelona: Paidós.
- Halgin, R., Krauss, S. 2004 Psicología de la anormalidad. Perspectivas clínicas sobre desórdenes psicológicos. México D.F.; McGraw Hill.
- Hendrix, H. 1997 Conseguir el amor de su vida. 1997 Barcelona: Obelisco.
- Isaacs, M. y otros. 1986 Divorcio difícil. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kernberg, O. 1998 Relaciones amorosas. Normalidad y patología. Bs. Aires: Paidós
- Kershaw, C. 1994 La danza hipnótica de la pareja. Buenos Aires: Amorrortu.
- Linares, J.L. Campo, C. 2001 Tras la honorable fachada. Los trastornos depresivos desde una perspectiva relacional. Buenos Aires: Piados.

- Martin, P. 1983 Manual de terapia de pareja. Buenos Aires: Amorrortu
- Maturana,H. 1995 Emociones y lenguaje en educación y política. Santiago: Dolmen
- McKay,M., Fanning,P., Paleg, K. 1994 Couple skills. Oakland: New Harbinger Publications.
- Mellody, P., Freundlich, L. 2003 The intimacy factor. New York: Harper San Francisco
- Minuchin, S. 1986 Familias y terapia familiar. Buenos Aires: Gedisa
- Montoya, B. 2000 Psicopatología conyugal. Madrid: Diaz de Santos
- Navarro, J., Pereira, J. (Compiladores) 2000 Parejas en situaciones especiales. Barcelona: Paidós.
- O'Hanlon, B., Hudson,P. 1996 Amor es amar cada día. Buenos Aires: Paidós
- Pinto, B. 2004 La mente y sus vínculos sociales. La Paz: Universidad Católica Boliviana (En revisión editorial)
- Pinto, B. 2005^a Por que sólo puedo amarte de esta manera. La Paz: Universidad Católica Boliviana (En prensa)
- Pinto, B. 2005^b Reflexiones irreverentes sobre la psicoterapia irreverente. (En prensa)
- Rodríguez, P. 2000 Adicción a las sectas. Pautas para el análisis, prevención y tratamiento. Barcelona: Sine qua non.
- Sager,C. 1980 Contrato matrimonial y terapia de pareja. Bs.Aires: Amorrortu.
- Sternberg, R. 1999 El amor es como una historia. Buenos Aires: Paidós.
- Sternberg, R. 2000 La experiencia del amor. Barcelona: Paidós.
- Sternberg, R. 2000 La experiencia del amor. Bs. Aires: Paidós.
- Sternberg,R. 1998 El triángulo del amor. Bs. Aires: Paidós.
- Viscott,D. 1979 Cómo vivir en intimidad. San Juan: Club de lectores.
- Wachs, K. 2001 Los secretos del amor. Barcelona: Amat.
- Watzlawick, P. y otros. 1971 Teoría de la comunicación humana. Barcelona: Herder.
- Whitaker,C. Bumberry,W. 1991 Danzando con la familia. Buenos Aires: Paidós.

White, M., Epston, D. 1993 Medios narrativos para fines terapéuticos. Buenos Aires: Paidós.

Willi, J. 1993 La pareja humana: relación y conflicto. Madrid: Morata